



Hacia una sociedad sustentable

Jesús Rodolfo Santander*

Toledo, Víctor M., *Ecología, espiritualidad y conocimiento*. De la sociedad del riesgo a la sociedad sustentable, México, PNUMA/UIA, 2003.

El libro de Víctor M. Toledo: *Ecología, espiritualidad y conocimiento*, pese a que aborda un tema de enorme complejidad y apela a numerosos datos, estadísticas, teorías e ideas para analizarlo, sabe ofrecer una síntesis clara y amena de los resultados obtenidos por el autor en un largo camino de investigación y de reflexión sobre los problemas ambientales que afectan la tierra en su conjunto y comprometen el futuro de la humanidad. Síntesis que, por cierto, no quiere ser definitiva, pues debe preparar una obra futura, de mayor envergadura aún, en la que el autor ya está pensando. Se trata, así, de un ensayo de síntesis abierta que enseña, pero que también incita a la acción como a la reflexión y, por momentos, a la discusión, a la réplica, esto es, a un diálogo con el texto. Esto en mi opinión, es lo mejor que puede ocurrirle a un libro como éste, que no sólo se propone informar y *formar* en sus lectores una conciencia sobre los graves problemas ecológicos que afectan el conjunto de la vida, humana o no, en nuestro planeta, sino sobre todo, crear conciencia de la urgente necesidad de dar una respuesta apropiada a una situación de grave crisis global que para muchos es ya una situación sin salida y que, en todo caso, de mantenerse su inercia actual, es una situación que difícilmente dejará de conducir a la naturaleza y a la sociedad humana, a través de una serie de catástrofes, hacia un abismo.

Para conjurar los peligros provocados por una “sociedad del riesgo” como la que hoy impera en el planeta, cada vez más insegura e imprevisible, el autor hace suya una respuesta que, bajo el nombre de “desarrollo sustentable”, se ha ido formando poco a poco en el pensamiento ecológico y económico, en la praxis de movimientos ambientalistas y conservacionistas, y en experiencias agrícolas y políticas exitosas. Entre ellas, mencionaremos tan sólo dos significativos ejemplos: la producción de café de sombra en Puebla¹ o la gestión del presupuesto en el estado Río Grande do Sul, en Brasil². En estos campos tan diversos fue toman-

*Coordinador del Centro de Investigaciones Filosóficas de la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP.

¹ *op. cit.* pp. 93 y ss.

² *Idem.* p. 130.

do forma la idea de un modelo social alternativo, post-industrial, el cual, al decir del autor, debe hacer frente, como una nueva “utopía”, al sistema social vigente para modificarlo, quizás para sustituirlo.

El modelo social vigente, que es fruto de un desarrollo industrial que se gestó en los siglos de la modernidad y se cimentó en un cierto tipo de conocimiento científico y técnico, está animado, por un lado, por un individualismo egoísta, competitivo y materialista, que vive el instante sin mayor conciencia del porvenir de la Tierra y, por otro, ese modelo fomenta una explotación desafortunada de la naturaleza sin prestar mayor atención a los efectos destructivos que tal uso ejerce sobre el medio humano y natural, ni al agotamiento de los recursos no renovables del planeta. Ese modelo, por ende, no tiene ninguna consideración por la situación que encontrarán las futuras generaciones que habitarán la Tierra después de nosotros.

A esos y otros aspectos responde la propuesta de una sociedad sustentable, que el autor retoma y elabora de una manera personal y a la vez sistemática, pero de tal modo que no hace a un lado ninguna de las dimensiones esenciales del problema. Esto último hubiera ocurrido si, por ejemplo, no hubiera considerado más que los aspectos científicos o bien sólo los aspectos técnicos de su propuesta. Hubiera estado en su derecho, pero nos hubiera dado sólo un trabajo especializado, parcial, no una respuesta al desafío, que él quiere aceptar, de comprender una realidad altamente compleja y pluridimensional integrando todos los datos del problema. A mí me impresiona gratamente que, por ejemplo, junto al importante papel que asigna a una ciencia nueva, capaz de entender y ser entendida en la complejidad de un mundo que ya no puede separar los efectos de lo social sobre lo natural ni de lo natural sobre lo social, Toledo asigne en su propuesta un papel esencial a la espiritualidad, es decir, a esa dimensión real, aunque negada, que todavía sobrevive en las tradiciones de origen premoderno que se transmiten de generación en generación entre los pueblos indígenas. La espiritualidad también se manifestó en la sabiduría de los tiempos antiguos, como en la sabiduría de Lao Tsé o, en la filosofía de los antiguos pensadores griegos, antes de ser opacada y olvidada por el moderno proyecto de dominación que con tanta claridad formularon Renato Descartes y Francis Bacon en la mañana de los tiempos modernos, cuando en sus escritos pusieron a la naturaleza al servicio del hombre e hicieron de éste el *Señor* de la naturaleza, recomendándole conocerla (conocer las leyes de la naturaleza) para dominarla³. Desde luego, siempre habrá que conocer las leyes de la naturaleza para relacionarse mejor con ella; pero se pasa por alto que aquellos hombres hablaron de “dominación”. (No quiero decir que ellos instauraron el proyecto, ellos sólo contribuyeron a su formulación, a la toma de conciencia de algo que ya estaba en curso). El proyecto estableció una relación de dominación, con las consecuencias que tenemos a la vista. Frente a esta situación, las sabidurías antiguas nos recuerdan que hubo otras formas de entender al hombre y a la naturaleza, y que es posible relacionarse con esta última de otra manera. Toledo cita a Lao-Tsé:

³ Véase J. R. Santander, “El presupuesto humanista del moderno desarrollo tecno-científico (algunas implicaciones ontológicas)”, en *Escritos*, revista del Centro de Ciencias del Lenguaje, BUAP, núm. 19/20, enero-diciembre de 1999, pp. 205 y ss.

En las cosas, ya vayan adelante o sigan detrás, alienten suavemente o soplen fuerte, sean robustas o débiles, duren o decaigan, el hombre bueno no se cuida sino de cortar lo excesivo, de quitar lo pródigo y de podar lo exuberante, [...] al hombre bueno le basta el fruto. No osa violentar nada por obtener más. El fruto sin más urgir, el fruto sin empeñarse más, el fruto sin más pretensiones, el fruto sin forzar más...⁴

Nada más opuesto a estos antiguos pensamientos que la moderna voluntad de poder que no quiere reconocer límite alguno a su avance, como se ve con tanta claridad, por ejemplo, en la relación de conquista que establece con el espacio cósmico, sobre el que quiere seguir extendiendo su dominio aunque así distraiga, poco parece importar, recursos y trabajos que resultan indispensables para responder a los acuciosos problemas *domésticos* que se nos plantean en la Tierra, o como se ve también, en los proyectos de clonación humana de ciertos genetistas que se consideran autorizados a hacer todo lo que pueden hacer, sin reconocer ninguna otra barrera fuera de la factibilidad –y menos todavía un impedimento de carácter ético.

Si la sabiduría antigua pudo conservar el equilibrio entre hombre y naturaleza fue porque consideraba al ser humano como parte de ésta, y porque participando en ella, la veneraba y la respetaba. La mediación tecnológica nos ha alejado de esa vivencia inmediata de la naturaleza, tanto más cuanto que vivimos rodeados de un entorno cada vez más densamente artificial. Creo que las cosas hubieran sucedido de otra manera si, en vez de adoptar la visión antropocéntrica moderna del hombre como Señor de la naturaleza –la visión occidental implícita en el desarrollo técnico– se hubiera concebido al hombre como el que la guarda y la cuida, como el que la preserva, como su guardián, como el “pastor del ser”⁵. Pero no, se pensó en el hombre como el rey de la creación, como el amo, como el señor de la naturaleza, privilegiándose esa relación de servidumbre hasta volverla casi exclusiva.

Aunque por lo regular se la ignore, esta relación con la naturaleza sigue estando en el origen del problema. Es importante entonces recordar este origen, repensar y cuestionar esa relación. Ahora bien, esto –la tarea de traer a la memoria y de pensar y repensar, *en el contexto presente*, no sólo el origen del mundo moderno sino también la sabiduría olvidada de las antiguas tradiciones– es tarea de pensadores y humanistas. Y satisface ver que, junto a científicos naturales y sociales, también humanistas y filósofos encuentran en la propuesta elaborada por Toledo una tarea específica, reconocida por el autor, en la construcción de una sociedad sustentable que por cierto nada tiene que ver con una sociedad unidimensional. No podemos sino saludar a este libro que llega con este reconocimiento justo cuando, por el contrario, en ciertas esferas del poder que se rinden ante las megatendencias de la economía mundial, se considera prescindibles a filósofos y humanistas, pues, como lo cree un funcionario público de la Secretaría del Trabajo, éstos no serían productivos –un funcionario que se expresa, claro está, en la perspectiva empobrecida, cuantificante y unidimensional de una concepción de la productividad que, a la luz del desarrollo sustentable, aparece precisamente como condenable⁶. En fin, yo hubiera de-

⁴ Víctor M. Toledo: *op. cit.*, p. 111.

⁵ Véase Martin Heidegger, “Carta sobre el humanismo”, en *Hitos*, Madrid: Alianza Editorial, 2000.

⁶ Véase la entrevista de Fabiola Martínez, “México requiere más técnicos y menos filósofos: estudio de la STPS”, en *La Jornada*, 8 de febrero de 2004.

seado que Toledo, que denuncia el desencantamiento del mundo producido por la civilización industrial –él mismo autor de poemas– diera a aquellos reencantadores del mundo que son los poetas, el lugar que parece corresponderles en la obra común que él propone. Quizás lo haga en su próximo libro.

Otro punto que quiero señalar entre los aspectos no técnicos de la propuesta de Toledo es la necesidad de una nueva ética que se oponga a la actitud materialista y competitiva de un individuo que, ignorando su cuerpo y su lugar de inserción en el mundo, sólo quiere vivir el instante presente, sin pasado ni futuro, ignorando que está inserto en muchas y diversas historias. A semejante actitud podemos hacerle frente con nuevos o viejos valores. Podemos oponer al materialismo la espiritualidad, al individualismo la solidaridad –una solidaridad que, cuando nos comprendemos como parte de la naturaleza y entendemos las profundas e íntimas relaciones que mantenemos con la materia viva e inerte, se convierte en una solidaridad no sólo con los otros hombres sino también con los seres vivos de otras especies, en tanto seres que habitan durante un tiempo la misma casa: nuestra Tierra. Una solidaridad, un sentimiento de participación que puede expandirse a todo lo que es. Así, a un modo de vivir el tiempo que no atiende más que al presente, podemos oponer la inmensa riqueza de sabernos partes no sólo de la historia humana o de las especies, sino del universo en general. Estos valores, que conllevan una expansión de la conciencia, pueden producir una vida más plena, y sobre todo más respetuosa del medio ambiente, que los valores negativos de un individualismo depredador. Así, en la base de un modelo verdaderamente alternativo no sólo se requieren cambios en la ciencia, en la técnica, en la economía y en política, sino que es necesario ante todo, plantear una nueva ética que les suministre el suelo a todas ellas. ¿Pero cómo los hombres, hundidos en medio de la crisis universal de valores que hoy se vive, podrían movilizarse hacia ella? ¿Cuál debe ser la base de un cambio como el que se necesita? ¿Qué haría falta? Respuesta: una nueva conciencia. La admisión de este hecho es, en mi perspectiva, un aspecto notable de la reflexión que nos propone Toledo. Quiero terminar señalando el papel central que me parece ocupar esta conciencia en la propuesta del autor.

El autor hace responsable, con razón, a la moderna civilización industrial de la actual crisis ecológica que vive nuestro planeta, la que para él es una crisis profunda y global, pues hoy pone en riesgo –hecho único en la historia de la humanidad– la sobrevivencia de toda forma de vida sobre la Tierra y nos enfrenta a una nueva conciencia de la finitud, pues ya no se trata sólo de la muerte del individuo, del *Dasein (sic)*⁷, a la que de todos modos sabemos que tenemos que enfrentarnos en un momento incierto de nuestra vida, sino a la posibilidad de la desaparición de nuestra especie, una posibilidad que la mayor parte de los seres humanos ignorábamos hasta que una serie de fenómenos ambientales, al principio de carácter local (inundaciones, efecto invernadero, contaminación industrial de las ciudades, disminución de las reservas de agua, desertificación creciente, desaparición de las especies, adelgazamiento de la capa de ozono), se hicieron más frecuentes, se ligaron a otros fenómenos del mismo tipo y alcanzaron una significación global que nos despertó de nuestra confiada seguridad. Nos hizo comprender que la amenaza concernía a todo el planeta, incluyendo a nuestra propia sobrevivencia, y que no se trataba de una posibilidad abstracta

⁷ Este término pertenece a la filosofía de Martin Heidegger. Véase su obra *El Ser y el Tiempo*, FCE, México, 1971.

sino de una muy real. Digo que es una forma nueva de experimentar nuestra muerte porque Marx, por ejemplo, pensaba que quien muere es el individuo, no la especie⁸. La extinción de nuestra especie no entraba en su conciencia posible, y la del individuo no importa demasiado en una perspectiva sociológica como la suya. Marx, en plena expansión de la primera revolución industrial, no pudo tener la misma conciencia que hoy nos sacude y nos despierta. La conciencia de Marx despertó ante la miseria social, la que a muchos hoy nos sigue sacudiendo. Pero la nueva conciencia, que no está reñida con la anterior, es un hecho nuevo. El autor la llama “conciencia de especie”⁹ y, si lo interpreto bien, la ha puesto como piedra angular de su propuesta para fundar una “ecología sustentable”, pues esa forma de conciencia, que es una nueva conciencia de finitud, suena hoy como una alarma que puede movilizar todas las fuerzas humanas. Es un punto de partida indispensable para detener lo que se presenta como una acelerada marcha hacia el abismo. A partir de esa conciencia, que ha de mantenerse despierta por la información y la reflexión, viene todo lo demás: tanto el deseo de comprender mejor el moderno sistema industrial que ha llevado a esta situación, como la elaboración de una respuesta (respuesta necesariamente pluridimensional) que, frente a la sociedad industrial causante de la situación referida, pueda conducir a la sociedad actual hacia otro modo de vida. Esa conciencia es como el perno en torno al cual debe operarse el movimiento que conduce de una forma de sociedad a otra. La conciencia de especie, nuevo modo de conciencia de nuestra finitud, abandona la desmesura moderna y redescubre la medida humana y su verdadero rol en el mundo entre las cosas naturales. El lugar central que esta idea ocupa en el ensayo da a la propuesta de Toledo inusitada profundidad.

⁸ “...pero el individuo determinado no es más que un determinado ser genérico y, en cuanto tal mortal”. K. Marx, *Manuscritos económicos-filosóficos*, en Erich Fromm, *Marx y su concepto del hombre*, Breviarios, FCE, México, p. 118. Véase mi interpretación de esta tesis en: Jesús Rodolfo Santander, *Trabajo y Praxis en “El Ser y el Tiempo” de Martin Heidegger. Un ensayo de confrontación con el marxismo*, BUAP, México, 1985, p. 34, 35 y 199, 200 y nota 45.

⁹ Véase: V. M. Toledo, *op. cit.*, p. 17.